

ANT

XIX

1340

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.)

ÚLTIMA LAMENTACIÓN

DE

LORD BYRON.

POEMA.

DÉCIMANOVENA EDICIÓN.

MADRID:

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO, CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7. LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1883.

1204

NUNEZ DE ARCE (Gaspar) . - Ultima Lamente
de Lord Byron . Poema . 89 56 pags . M . 188

Ptas .

50

Anterior poseedor .



ULTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON.

CONTRA J. L. SANDO

R. 45.641

Lo que

II / N. 2

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.)



ÚLTIMA LAMENTACIÓN

DE

LORD BYRON.

POEMA.

DÉCIMANOVENA EDICIÓN.



MADRID:

LIBRERÍA DE
MARIANO MURILLO,
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7.

LIBRERÍA DE
FERNANDO FÉ.
CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1883.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla
ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

SR. D. RAFAEL CALVO:

Mi distinguido amigo: Se empeña V. en leer ante el público del Teatro Español mi poema inédito LA ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON, y no puedo resistirme á sus instancias. En primer lugar, — ¿para qué ocultarlo? — porque me halaga la idea de oír mis pobres versos líricos en labios de un autor que, como usted, sabe llegar, con la magia irresistible de su palabra, á lo más hondo del corazón humano; y en segundo lugar, porque no cumpliría con mi deber negándole mi débil concurso para la empresa que con verdadero valor acomete, tan conveniente al desenvolvimiento de las letras patrias y á la cultura de las costumbres.

Merecedor sería V. de general aplauso si lograse, como pretende, aclimatar en España las lecturas públicas que en Inglaterra, en los Estados-Unidos, en Alemania, en Francia, en Italia, en todas las naciones donde las corrientes de la civilización no

se detienen ni estancan, han ensanchado los horizontes de la inteligencia, depurando el gusto de la multitud, ilustrándola, ennobleciéndola y familiarizándola con los nuevos ideales de la ciencia y de la literatura. Ninguno mejor que V., dotado por el cielo de tan relevantes cualidades artísticas, puede llevar á feliz término la obra fecunda á cuya realización aspira, y en este camino Italia ofrece á V. grandes ejemplos que imitar. Recuerde, entre otros al célebre actor Módena, que llenó con su nombre la escena, el cual, haciendo resonar en todos los teatros de aquella nación, hermana de la nuestra, los cantos más patrióticos y viriles de sus poetas inmortales, contribuyó poderosamente á despertar la conciencia aletargada de su patria cuando más decaída y postrada parecía, y á infundirle el aliento que anima las robustas inspiraciones de Dante y de Hugo Fóscolo.

En lo único en que no está V. acertado es en escoger una producción mía para hacer el ensayo, porque me temo que la mala elección de V. esterilice, ó, por lo menos, retrase el éxito de su generosa tentativa. Aparte del escaso mérito intrínseco de mi poema, que V. de seguro exagera, es notorio inconveniente para la lectura la circunstancia de tratarse en él de un poeta extranjero, el cual, aun cuando sea conocido, porque los rayos de su gloria á todas partes han alcanzado, no es, sin embargo,

popular, y cuya atormentada vida tampoco puede excitar entre nosotros el mismo interés que en Inglaterra. Pero V. me da ejemplo de valor, arrojando estas dificultades, y me decido á correr en tan buena compañía el albur del intento. Únicamente le pido, en cambio de la docilidad con que accedo á sus deseos, que si por desdicha mía, el público á quien no ciega para juzgar mis obras la amistad que V. me profesa de antiguo, es en esta ocasión más imparcial, y, por tanto, más severo, no se desanime V. por el mal éxito, ni abandone el proyecto que ha concebido, porque no es de corazones enteros desmayar á la primera contrariedad, ni se consigue en el mundo nada digno de ser celebrado, sino á costa de ímprobo trabajo y de incansable perseverancia.

Sabe V. que le quiere su buen amigo

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

20 de Enero de 1879.

ÚLTIMA LAMENTACIÓN

DE

L O R D B Y R O N .

(AÑO DE 1823.)

I.

Otra vez, incansable peregrino,
ansioso de cruzar pueblos extraños,
vuelvo á emprender el áspero camino
que seguí errante en mis primeros años.
Al duro peso del dolor me inclino,
póstranme fatigosos desengaños;
pero arrastrado á mi pesar me siento
como las hojas secas por el viento (1).

II.

Huérfano y solo abandoné mis lares,
marcando el rumbo hacia remotos climas,
surqué á mi antojo procelosos mares
y hollé la nieve de empinadas cimas.
Mas do quiera la hiel de mis pesares
vertí en acerbas y sonoras rimas;
por todas partes implacable y frío
fué detrás de mis pasos el hastío.

III.

¿Por qué, por qué desde mi abril temprano
molesto huésped á mi hogar se sienta,
la copa del placer rompe mi mano
y hasta en los brazos del amor me afrenta?
¡Ay! ¿Quién pregunta al férvido Oceano
por qué ruge ó se aplaca la tormenta?
Como el profundo mar, ¿no tiene el alma
terribles horas de angustiosa calma?—



IV.

Más terribles quizá, porque es más grande,
y en su furor satánico no tiene
ley que la rijan, halago que la ablande,
ni costa que sus ímpetus refrene.
Ya brusca y pavorosa se desmande,
ya sus olas indómitas serene,
la causa á que obedece queda oscura.
—¿Es el poder del genio? ¿Es la locura?—

V.

¡El genio! ¡La locura!... ¿Quién decide
tan difícil cuestión? ¿Quién fija y nombra
la línea imperceptible en que coincide
la clara luz con la nocturna sombra?
¿Dónde está nuestro juicio? ¿Quién le mide?
¡Con frecuencia el azar! ¿Y á quién no asombra
ver que la humanidad cobarde ó ciega,
al éxito se rinde y se doblega?

VI.

Pirámides de cráneos contra el cielo
levanta Tamerlán una tras una;
oprime el Asia sin temor ni duelo,
y es grande, y la lisonja le importuna.
Locos son Catilina y Massanielo
porque les fué contraria la fortuna;
que la suerte, quizás no merecida,
es genio; y es demencia la caída.

VII.

Mas ¡ay! ¿qué valen mis cansadas quejas?
Con mis vanos lamentos ¿qué consigo?
Viejo es el mundo, sus desdichas viejas,
y en sus crímenes lleva su castigo.—
Nunca, tedio mortal, nunca me dejas,
donde quiera que voy tú vas conmigo,
y no sé resistir cuando me envías
noches sin sueño y fatigosos días.

VIII.

¡Días de horrible laxitud! El cielo transparente y azul me causa enojos, cubre la tierra insoportable velo y el llanto anubla sin razón mis ojos. Como un sepulcro el corazón de hielo guarda de mi entusiasmo los despojos, y están en esas horas de bonanza mudo el deseo y muda la esperanza.

IX.

No acierto á comprender qué afinidades hay entre el mar y el pensamiento humano, entre esas dos augustas majestades que el abismo contienen y el arcano. Hondas borrascas, sordas tempestades conmueven la razón y el Oceano: sólo que ruge el mar cuando batalla, y el pensamiento en sus tormentas calla.

X.

¡Venga la tempestad! Cuando resuena
su fragorosa voz, y estalla el rayo,
y el huracán encrespa su melena,
sacude el alma su mortal desmayo.
Entre el horror de la sublime escena
aliento, gozo, á mi placer me exployo.
Después... vuelve la calma abrumadora
y el tedio de la vida me devora.

XI.

Partí de cara al sol. No sé qué extraña
y misteriosa fuerza me impelía
á esas regiones fértiles que baña
la fecundante luz del Mediodía.
Italia, Grecia, Portugal y España,
pueblos gigantes cuando Dios quería
y hoy sombra nada más de lo que fueron,
con sus muertas grandezas me atrajeron.



XII.

Descendí por la rápida pendiente
de los agrestes Alpes, que, vecinos
al sol, elevan su nevada frente
orlada á trechos de silvestres pinos:
salvando ya el abismo, ya el torrente,
ya el traidor ventisquero, por caminos
que abrió el barreno en la montaña dura,
bajé de Italia á la feraz llanura.

XIII.

¡Con qué consolador recogimiento,
yo, pobre y olvidado vagabundo
sin hogar y sin lazos como el viento,
miré á mis plantas el vergel del mundo!
Europa en vergonzoso enervamiento
yacía entonces y en sopor profundo,
cual gladiador que tras penosa brega
sus recios miembros al descanso entrega.

XIV.

¡Oh, bien me acuerdo! Reposaba todo,
y recogía atónita la historia
la sangre con las lágrimas, el lodo
con la virtud, la infamia con la gloria.
Era pasado el trágico período,
que vivirá del tiempo en la memoria,
en que acosada el águila del Sena
cayó, para no alzarse, en Santa Elena.

XV.

¡La guerra enmudeció! Sólo el tirano
que en los arduos empeños de su vida
supo ser, con aliento soberano,
en todo grande, excepto en la caída,
se revolvía en el peñón lejano
con ruda y formidable sacudida:
el mar encadenaba su egoismo
y era un abismo en medio de otro abismo.

XVI.

Mas ¡ay! ¿Por qué fatalidad que aterra,
por qué inconstancia de la suerte impía,
al hundirse el azote de la tierra
más feroz despertó la tiranía?
Cuando cambió la asoladora guerra
los destinos humanos en un día,
la presa que las águilas soltaron:
mil carnívoros buitres devoraron.

XVII.

No fué ya el despotismo del coloso
que, como río de encendida lava,
al avanzar rugiente y proceloso
con sus olas de fuego deslumbraba.
El fanatismo fué torpe y mañoso
que los cimientos de la fe socava;
fué el miedo suspicaz, el más inundo
de los tiranos que soporta el mundo.

XVIII.

No vistió nunca el militar arreo,
y fué, al moverse entre la sombra oscura,
su casco de batalla el solideo
y el monástico sayo su armadura.
Incansable y voraz como el deseo,
mortal como la lenta calentura,
blandió contra la tierra amedrentada
más la cruz que la punta de su espada (2).

XIX.

Si es ley que la revuelta muchedumbre
el yugo sufra de atrevida mano,
que la enaltezca al menos y deslumbre
con sus épicas glorias el tirano.
Y ya que con forzada servidumbre
pague sus culpas el linaje humano,
el brazo vigoroso que le venza
infúndale terror y no vergüenza.

XX.

En el nombre de Dios la heroica España
que al mundo despertó de su letargo,
como premio debido á tanta hazaña
sufre martirio ignominioso y largo.
De la propia opresión y de la extraña
coge Italia infeliz el fruto amargo,
y cual botín en manos de bandidos
ve sus hermosos campos repartidos.

XXI.

En el nombre de Dios los calabozos
abren sus anchas fauces, nunca llenas,
donde sólo responde á los sollozos
del desdichado el són de sus cadenas;
en el nombre de Dios viejos y mozos
en extranjero hogar lloran sus penas;
en el nombre de Dios fiera cuchilla
cercena la cerviz que no se humilla.

XXII.

¡Todo en nombre de Dios! ¡Blasfemia horrenda!
Yo sé que para el Dios de mis mayores
el humo del incienso es grata ofrenda,
no de la hirviente sangre los vapores.
Iris de santa paz en la contienda,
sé que extiende sus brazos redentores
para estrecharnos con amor profundo,
¡ay! pero no para oprimir el mundo.

XXIII.

Te han calumniado ¡oh Dios! Tú oyes el grito
del corazón doliente y consternado,
tienes misericordia y no has proscrito
la augusta libertad. ¡Te han calumniado!
Si la insaciable sed á lo infinito
que aguija mi razón es un pecado,
si únicamente para el mal existe,
responsable no soy. ¡Tú me la diste!

XXIV.

No puede ser que viva el pensamiento
dentro de mí como enjaulada fiera:
sólo para alumbrar nuestro tormento
la antorcha del espíritu no ardiera.
La fe que busco, la inquietud que siento,
el negro abismo, la insondable esfera,
lo invisible, lo incógnito, lo arcano,
todo está abierto al pensamiento humano.

XXV.

Si congojoso afán le ofusca y ciega
y alguna vez quizás, cuando le asombra
la oscura soledad por do navega,
no te ve, no te siente, no te nombra;
si en su aflicción te niega, ¿quién te niega?
Un átomo, la sombra de una sombra
en la inmutable eternidad perdida:
menos que sombra; ¡el sueño de una vida!

XXVI.

¡ Desgraciada del alma que sin tino
en alas del error su vuelo encumbra,
y abandonada y sola en su camino
niega la misma luz que la deslumbra;
que ve á lo lejos el fulgor divino
y no acierta á salir de la penumbra;
que avanza, confundida á cada instante,
siempre desesperada y siempre errante!

XXVII.

¡ Ay! He dudado, dudo todavía;
pero nunca de tí. Si te ocultaras,
mi ardiente convicción te encontraría.
Pueden turbas frenéticas ó ignaras
renegar de Jesús y de María,
quemar sus templos, profanar sus aras;
puede en horas de espanto y desconsuelo
como el Olimpo desplomarse el cielo;

XXVIII.

pueden, cual otras antes, nuestras vivas
creencias sepultarse en el vacío,
pues no porque las ondas fugitivas
vayan al mar, desaparece el río;
pueden trasformaciones sucesivas
cambiar la faz del mundo á su albedrío:
tú siempre flotarás con tus eternas
leyes, sobre los orbes que gobiernas.

XXIX.

Si chocaran, haciéndose pedazos,
los astros con horrible desconcierto;
si rotos ¡ay! de la atracción los lazos
se desquiciara el universo muerto;
si quedara al impulso de tus brazos
el espacio sin fin mudo y desierto,
y el tiempo con sus noches y sus días
dejara de existir, tú existirías.

XXX.

Mas ¿á qué esfera mi incesante anhelo
me arrebatá y transporta? A pesar mío,
por la excelsa región remonto el vuelo,
subiendo en pos de la verdad que ansío.
Pero el dolor, que me sujeta al suelo,
fuérmame á descender trémulo y frío,
cual ave que aletea inquieta y viva
dentro de la prisión que la cautiva.

XXXI.

¡Torno á la triste realidad! ¿Y adónde
podré volver mi tétrica mirada,
sin que me aflija la abyección que esconde
nuestra mezquina y lóbrega morada?
Cuanto más sufra, cuanto más ahonde,
cuanto más baje el alma infortunada,
tanto mayor le mostrará la tierra
el abismo sin término que encierra.

XXXII.

¡Ay! ¡Yo lo he visto con horror! Yo mismo
de incertidumbre y de terrores lleno,
voy rodando hacia el fondo de ese abismo
do se amasa con lágrimas el cieno.
La infamia, la traición y el egoísmo
me han brindado su cáliz de veneno,
y he sentido, al beber su última gota,
rota mi lira y mi existencia rota.

XXXIII.

¡Patria! ¡Risueño hogar! ¡Cálida nido
que nunca más veré! Turbado y mudo,
de vosotros llorando me despido,
y con adios patético os saludo.
¿En dónde está la fuente del olvido,
para agotarla toda? En vano acudo
á mi flaco valor y lucho en vano
contigo, ¡oh mi recuerdo! ¡oh mi tirano! (3)

XXXIV.

¿Quién del fondo del alma te desecha?
Como el águila soy que lleva hundida
en su ala enorme la traidora flecha,
y va sangrando siempre de su herida.
Desalentada, atónita y maltrecha,
por la ancha inmensidad vuela perdida,
hasta que encuentra, al desplomarse inerte,
en abrupto peñón oscura muerte.

XXXV.

¡Yo también moriré!... ¿Dónde? ¡Quién sabe!
Desesperado y con mi herida abierta
pudiera hallar mi tumba, como el ave,
quizás en roca estéril y desierta.
No habrá, do quiera que el pesar me acabe,
quien, abrazado á mí, lágrimas vierta,
ni quien cierre mis ojos y recoja
mi último beso, mi postre congoja.

XXXVI.

¡Olas del mar que con la frágil quilla
de mi libre bajel rompo y quebranto,
corred, llegad á la britana orilla
crecidas y amargadas con mi llanto.
Y allí, do triste y silencioso brilla
mi abandonado hogar, si alcanzáis tanto,
decid, junto á la lumbre, al ángel mío
que estoy muriendo de cansancio y frío!

XXXVII.

¡Frío del corazón que hasta mis huésos
penetra y por mis venas se derrama,
y agolpa á mi memoria los sucesos
de mi vida, en confuso pañorama!
Sólo el calor de tus amantes besos,
no los pálidos rayos de la fama,
pudieran dar al alma entumecida
de tu padre infeliz, aliento y vida.

XXXVIII.

¡Pero jamás tu sonrosada boca
en mí se posará! ¡Nunca el abrigo
de tus brazos tendré! Sufrir me tocá
errante y resignado mi castigo.
¡Oh! Si no tienes corazón de roca,
cuando se cebe la opinión conmigo
y escarnecido mi recuerdo veas,
compadéceme y gime y no la creas (4).

XXXIX.

Acaso te dirá que ingrato y duro
abandoné la cuna en que dormías,
que no tuve piedad, que fuí perjuro
y me encenago en crápulas y orgías.
Te engaña; no la creas. ¡Te lo juro
por mí, por ti, por los fugaces días
de amor y calma que gocé á tu lado!
Pude imprudente ser, mas no culpado.

XL.

¡Llora pensando en mí! Justo es que llores,
pues mientras dure de mi vida el hilo,
iré siempre á merced de mis dolores
sin paz, sin esperanza y sin asilo.
— Mas basta ya de inútiles clamores:
surca, velera nave, el mar tranquilo,
que ya ilumina el sol de la mañana
la cima del Pentélico, cercana.

XLI.

Al través de los diáfanos celajes
con que aparece la rosada aurora,
ante mí se despliegan los paisajes
que la naciente luz inunda y dora.
¿Serás término y fin de mis viajes,
desolada región? Dame en buen hora,
si el cielo quiere que por ti sucumba,
á la sombra de un sauce humilde tumba:

XLII.

ó á la orilla del mar, fuera del paso
de los mortales, donde apenas haya
señal de vida, y con rumor escaso
las olas se adormezcan en la playa.
Sepúltame de cara hacia el Ocaso,
para que cuando el sol á hundirse vaya
en las costas de Albión, lejos, muy lejos,
me alumbre con sus últimos reflejos.

LXIII.

¡Ay! esa luz incierta y fugitiva,
cuando á la tarde sobre mí se abata,
será como un recuerdo que reciba
de mi patria orgullosa y siempre ingrata. —(5)
Mas ¿quién piensa en morir? Grecia cautiva
hoy de su férreo yugo se desata,
y mientras libre y próspera no sea,
morir es desertar de la pelea.



XLIV.

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa!
de héroes y genios! ¡Soségada fuente
de rica inspiración! ¡Fecunda esposa
del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!
¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa
por vez primera respiré tu ambiente!
y al escuchar el són de tus cadenas,
¡con cuánta indignación lloré en Atenas!

XLV.

Yo recorrí tus campos, tus sombríos
bosques y tus poéticas colinas;
templé mi sed en tus sagrados ríos
y me bañé en sus ondas cristalinas.
Entregado á mis vanos desvaríos,
con mudo asombro contemplé tus ruinas,
iluminadas por el cielo heleno
de música y color y aromas lleno.

XLVI.

¡Cuál se destacan los contornos puros
del templo secular! La verde hiedra
trepando inquieta por los altos muros,
en la hendida pared arraiga y medra.
Mueve el aire sus vástagos oscuros,
colora el sol la ennegrecida piedra,
y parece que inmóvil en la cima
el moribundo Partenón se anima.

XLVII.

Allí sesteá el balador ganado,
paciendo en calma la reseca hierba
que crece al pié del templo consagrado
á las fecundas artes de Minerva.
El pastor perezoso y descuidado,
á quien el sol canicular enerva,
duerme tranquilo en la agostada alfombra,
del mutilado pórtico á la sombra.

XLVIII.

Tranquilo duerme ó vaga sin objeto
al compás de los cantos que improvisa,
dulces como la miel del monte Himeto
que en el lejano término divisa.
Él de una raza de gigantes nieto,
su heroica tierra indiferente pisa,
y no guarda indolente en su memoria
ni el propio origen, ni la patria gloria.

XLIX.

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano
celosos de tus ínclitas empresas
el tiempo adusto y el rencor humano
redujeron tus templos á pavesas.
En vano ¡oh Grecia! la implacable mano
de tu opresor envilecida besas:
tan excelso renombre conseguiste
que á la edad y á tu infamia se resiste.

L.

¡Y nunca morirá! Puede la lumbre
extinguirse en tu claro firmamento;
puede rodar la inmensa muchedumbre
de tus dioses, postrada y sin aliento.
Pero los ecos de la enhiesta cumbre,
los rumores del bosque, el mar y el viento
repiten cadenciosos los gemidos
de tus dioses olímpicos vencidos.

LI.

Vencidos, mas no muertos. ¿Hay alguno
que no viva en el mundo de la idea?
En él fulgura Apolo, alienta Juno,
duerme en su concha Venus Citerea,
en su carro marino el dios Neptuno
por el undoso piélago pasea,
Júpiter vibra el rayo ignipotente
y orla Baco de pámpanos su frente.

LII.

Aún ciñendo su rústica guirnalda
turban nuestra memoria tus bacantes,
con el cabello suelto por la espalda
y los desnudos pechos palpitantes;
aún vagan en silencio por la falda
del sacro Pindo, que animaron antes,
tristes las Musas, pero siempre hermosas,
coronadas de lauro y mirto y rosas.

LIII.

La rabia, en los mortales corazones,
de tus negras Euménides aún dura;
aún surcan tus nereidas y tritones
del hondo mar la líquida llanura;
aún se perciben los alegres sonos
de la flauta de Pan en la espesura,
cuando ensalza y endiosa la grandeza
de la amante y feraz Naturaleza,

LIV.

La luminosa huella de tu paso
es estela que nunca se ha extinguido,
y conservas tu fama, como el vaso
guarda el aroma del licor vertido.
Se alza Homero en la cumbre del Parnaso
resistiéndose al tiempo y al olvido,
y de tus ricas artes los despojos
encantos son del alma y de los ojos.

LV.

Labra el mármol con mano ejercitada
Fidias, infúndele su fuego interno
y da á la humanidad maravillada
de la eterna belleza el molde eterno.
La piedra por el genio fecundada
palpita á impulsos del amor materno,
y surge de su entraña endurecida
la estatua llena de reposo y vida.

LVI.

La ardiente inspiración del viejo Esquilo,
sorprendiendo el dolor de Prometeo,
revela al mundo en prodigioso estilo
las perdurables ansias del deseo.
Jove impasible, pero no tranquilo,
oye el rugir del indomable reo,
que encadenado á la escarpada roca
con renaciente furia le provoca.

LVII.

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,
comarca infortunada! Aunque tus días
cortase de improviso el terremoto
y te tragara el mar, no morirías.
Bastaran una estrofa, el dorso roto
de una estatua, un frontón, cenizas frías
de tu pasado, para no olvidarte,
¡oh cuna de los dioses y del arte!

LVIII.

¡Con cuán amarga indignación, con cuánto dolor, presa de un déspota contemplo tanta belleza incomparable, y tanto recuerdo augusto á la virtud ejemplo! Todo me inspira lástima y espanto: el arco hendido, el derribado templo, la columna volcada entre la hierba, tus hijos degradados y tú sierva.

LIX.

¿Y ha de vivir en abyección profunda siglos y siglos tu escogida raza?
No: ponte en pié, revuélvete iracunda,
el fuerte escudo minervino abraza:
para romper tu bárbara coyunda,
de Hércules toma la pujante maza,
acostumbrada en sus fornidas manos
á rendir monstruos y á domar tiranos.

LX.

Lanzas te den tus bosques, tus cadenas
hierro para luchar, las tempestades
su furor, y el recuerdo de tus penas
odio mortal para que no te apiades.
Convierte tus peñascos en almenas,
tus campos tala, incendia tus ciudades,
y si ser grande y respetada quieres,
de ti no más la salvación esperes.

LXI.

Recuerda ¡oh Grecia! los antiguos hechos
de tus hijos magnánimos y bravos,
y reconquista sola tus derechos
sin fiar en latinos ni en esclavos.
Cubra la cota bélica tus pechos
cansados ya de amamantar esclavos,
y el rayo destructor tu diestra vibre;
que quien sabe morir sabe ser libre.

LXII.

Así entendieron el valor tus bellas
y nobles hijas en la infausta rota
con que probar quisieron las estrellas
la fe de un pueblo enérgico y patriota;
cuando madres, esposas y doncellas,
siguiendo en pos de la legión suliota (6),
vieron, con sed inútil de venganza,
de sus deudos la bárbara matanza.

LXIII.

El implacable Alí, de rabia ciego
y ansioso de vengar viejos reveses,
cayó de pronto sobre el campo griego
como la tempestad sobre las mieses.
Y entró con furia tal á sangre y fuego,
azuzando á sus rudos albaneses,
que cuando á la salida se previno
le cerraban los muertos el camino.

LXIV.

Con mudo afán y punzadora pena
multitud de mujeres contemplaba
el brutal frenesí de aquella hiena,
desde una roca inaccesible y brava.
De acerbo llanto silenciosa vena
sus lívidos semblantes inundaba,
y ante aquel espectáculo sangriento
ni un suspiro exhalaban ni un lamento.

LXV.

¡Cuán mortalmente á todas de rechazo
el bronco golpe del cañón hería!
que era el combate decisivo, el plazo
funesto, interminable la agonía.
Sólo el cándido niño, en el regazo
maternal, inocente sonreía,
sin comprender su desventura horrenda
y ajeno, el triste, á la feroz contienda.

LXVI.

Firmes como granítica muralla,
de sangre y polvo y de sudor cubiertos,
los griegos esperaron la metralla
de su trágico fin ni un punto inciertos.
Pudo el turco en el campo de batalla
contar á los vencidos por los muertos,
que Allí no dió cuartel, ni hubo suliota
capaz de resignarse á su derrota.

LXVII.

De pié sobre la ingente cortadura
del agrio monte, en cuyo fondo mismo
espumoso torrente de agua oscura
la grandeza aumentaba del abismo,
madres, hijas y esposas sin ventura,
del terror en el fiero paroxismo,
veían con atónita mirada
el término fatal de la jornada.

LXVIII.

¡Todo acabó! Desgarrador lamento,
que el eco repitió de cumbre en cumbre,
brotó, en la angustia del postrer momento,
de aquella estupefacta muchedumbre.
Trastornada, convulsa, sin aliento,
prefiriendo á la torpe servidumbre
la palma del martirio victoriosa,
y á las infamias del harén, la fosa,

LXIX.

cual si cediese á inspiración secreta
ó á ley divina, en su furor creciente
abalanzóse hacia la enorme grieta
que daba paso al bramador torrente. —
Todo, todo yacía en paz completa:
la tierra, muda; el cielo, indiferente;
el viento, adormecido; el mar, en calma...
¡Qué sola está cuando padece el alma!

LXX.

¡Ay!— Con acento entrecortado y hondo
clamó una madre, de ósculos cubriendo
al hijo de su amor:— ¡Yo te respondo
de que libre serás! — Y esto diciendo,
despeñó al niño, que rodó hasta el fondo
del voraz antro con medroso estruendo,
y sonó un grito de ansiedad suprema
que era á la vez gemido y anatema.

LXXI.

Y todas ¡ay! en su dolor profundo,
descompuesta la faz, con el cabello
erizado, y la rabia, cual inmundo
reptil, ceñida y enroscada al cuello,
de la vida olvidadas y del mundo,
y extinto en ellas el postrer destello
de la fe que á los míseros anima,
dieron sus hijos á la hambrienta sima.

LXXII.

¡Una sola faltó! De la hendidura
que abrió un arroyo en la caliza roca,
y donde acaso en su mortal pavora
buscó refugio atribulada y loca,
sobre hermosa y dormida criatura
apretaba la faz, boca con boca,
y de amarilla palidez cubierta,
no se movió una madre. ¡Estaba muerta!

LXXIII.

Ya consumado el duro sacrificio,
todas en rueda y de la mano asidas,
al borde del ríscoso precipicio
giraron por el vértigo impelidas.
Al compás de su lúgubre ejercicio
iba el abismo devorando vidas,
y sacando sus víctimas la suerte
de aquella horrible *danza de la muerte*.

LXXIV.

Eran principio y fin de su camino
la fiebre arriba y el sèpulcro abajo,
y una tras otra en raudo remolino
fueron cayendo en el inmenso tajo (7).
¡Confunda Dios al dèspota asesino
que á tan sangrienta extremidad las trajò,
y dèle, como premio á sus hazañas,
hijos sin fe y esposa sin entrañas!

LXXV.

Pero es forzoso que mi canto acabe.
Ya llegamos al puerto; ya sumisa
da fondo en él la afortunada nave,
columpiándose al soplo de la brisa;
ya recoge sus alas como el ave
que al nido llega; y con ingenua risa
saluda el marinero enternecido,
como el ave también, su patrio nido.

LXXVI.

¡Feliz mil veces él! ¡Cuán placentera,
con blando afán, en la cercana orilla
le aguardará quizás su compañera,
inocente como él, como él sencilla!...
¡Ay! ¿Quién me espera á mí?...— ¡Grecia me espera!
Doblo ante su infortunio mi rodilla,
y mientras llore opresa y desgarrada,
lira ¡déjame en paz!... ¡Venga una espada!

FIN.



NOTAS.

1.^a

Lord Byron, el más grande de los poetas ingleses del siglo presente, se embarcó en Italia para combatir en pro de la independencia griega, el mes de Junio de 1823, y murió en Missolonghi, á los 38 años, víctima de aguda y dolorosa enfermedad, el 18 de Abril de 1824, exclamando al exhalar su último suspiro:—*Ahora es preciso que duerma.*—He escogido para el desenvolvimiento de mi poema el período que media desde su partida de Italia hasta su arribo á las costas de Grecia, porque no es mucho suponer que durante las largas horas de viaje asaltaran más de una vez su espíritu los melancólicos recuerdos de su borrascosa vida, y los nobles sentimientos que había despertado en él la heroica resistencia del pueblo heleno, abandonado por el egoismo de Europa, desde la caída del imperio bizantino, á la brutal tiranía de los turcos.

2.^a

Es posible que la dureza con que califico la sangrienta reacción teocrática que pesó sobre Europa á la caída definitiva del primer imperio napoleónico, atraiga sobre mí las agrias y descompuestas censuras de los que,

á la sombra de la religión, buscan sólo el logro de sus ambiciones terrenas. No me importa, porque estoy hace tiempo acostumbrado á sus diatribas. Sin menoscabo de la fe ni oposición al dogma, ha juzgado ya severamente la Historia aquella terrible y pavorosa época en que los monarcas más poderosos de la tierra formaban con místico fervor la *Santa Alianza*, para arrancar á los pueblos sus libertades, y en que el conde José de Maistre, en nombre de un Dios de paz y de clemencia, proponía que se elevara al verdugo á la categoría de sacerdote. ¿Por qué la poesía, que tantas veces ha manchado sus alas en el fango de la adulación, no ha de ser también, como la Historia, azote de los opresores y vengadora de los oprimidos?

3.^a

Mucho se ha escrito y se escribe todavía acerca de los disturbios domésticos que amargaron la vida de Byron, sin que hasta ahora haya formado la opinión su juicio definitivo é inapelable sobre este asunto, ni se conozcan con certeza las causas que contribuyeron al ruidoso rompimiento de lady Byron con su marido; suceso en que puede decirse que se interesó toda Inglaterra. El ilustre poeta contrajo matrimonio el 2 de Enero de 1815 con lady Milbanke, rica heredera, de notable hermosura, pero de carácter frío, contenido y austero, que contrastaba singularmente con el suyo. El 10 de Diciembre del mismo año su esposa dió á luz una niña, y el 15 de Enero de 1816, cuando parecía natural que se hubiese estrechado y fortalecido el vínculo que los unía, con los primeros goces de la paternidad, lady Byron expuso á su marido en una carta llena de hipócrita ter-

nura su firme resolución de no volver á verle más. «Las causas de nuestra separación—decía Byron á su amigo Moore—son demasiado sencillas para que se encuentren con facilidad,» y en efecto; entre un poeta joven, ardiente é inquieto, y una mujer fría, severa y metódica, la simpatía, si alguna vez existió, no podía durar mucho tiempo, ni necesitaba para romperse de motivos extraordinarios.

Byron consintió en la separación; pero poco después publicó dos poesías que le atrajeron el enojo de la sociedad inglesa, predisuelta desde un principio á favor de su esposa. Fueron estas poesías una sátira acerba y violentísima contra el aya de lady Byron, á quien suponía autora de sus desgracias domésticas, y el famoso *Adiós* á su mujer, donde se confiesa, quizás en un arranque de orgullo ó de despecho, reo de faltas que nunca había cometido y de las cuales le absuelve cumplidamente la Historia.

La impopularidad de Byron llegó á su colmo con la publicación de estos versos. «Los periódicos—dice uno de sus biógrafos—le atacaron sin piedad; multiplicáronse las caricaturas contra él, cerráronse las puertas de todas las sociedades, y se consideró como acto de valor, ó más bien de despreocupación censurable, el de recibirle en casa. El partido aristocrático, al cual pertenecía por su origen, pero de cuyas filas se había separado por sus opiniones políticas, los hipócritas en materias de religión, á quienes había ofendido con la libertad de sus juicios y de sus costumbres, y las mujeres que creían tener quejas de él, entre otras Carolina Lamb, distinguida dama que se enamoró locamente del poeta con ese amor desesperado que mata, pero del cual también se muere,

se unieron para presentarle como un monstruo; y las calificaciones de vampiro, de turco bárbaro y asesino, apenas pueden dar idea de lo que era Byron en aquella época para Inglaterra, ni del odio desdeñoso con que le miraban todas las clases, desde las más elevadas hasta las más populares y humildes.»

Desterrado moralmente por la opinión pública, cuya excesiva severidad no se comprende, ni aún en una sociedad tan meticulosa como la británica, sino como consecuencia de un conjunto de circunstancias especiales hábilmente aprovechadas por el rencor y la envidia, Byron abandonó por segunda vez el 25 de Abril de 1816 el suelo de Inglaterra, adonde sólo debían volver sus restos mortales.

4.^a

El recuerdo de su hija Ada, á quien había dejado en la cuna, atormentaba constantemente á Byron, y en muchas de las obras que escribió fuera de Inglaterra durante su voluntario destierro, el cual sólo debía terminar con la muerte, consagra sentidas y patéticas estrofas á la que el gran poeta llama *única hija de su casa y de su corazón*.

¡Ada! sole daughter of my house and heart.

Ada fué educada en el olvido más profundo hacia su padre infortunado, como lo revela el hecho de haber prohibido terminantemente la suegra del ilustre autor de *Gilde Harold*, en una de sus últimas voluntades testamentarias, que se enseñara en ningún tiempo á su nieta el retrato de lord Byron.

5.^a

Byron tuvo con frecuencia, durante su breve permanencia en Grecia, donde á costa de grandes contrariedades prestó eminentes servicios á la generosa causa que había abrazado, el triste presentimiento de su próximo fin. Cuatro meses antes de morir, el 27 de Diciembre de 1823, escribía desde Cefalonia á su íntimo amigo, el célebre poeta irlandés Tomás Moore, lo siguiente: «Si la calentura, el cansancio, el hambre ó cualquiera otra dolencia alcanzase en medio de su carrera á vuestro hermano en poesía, como sucedió á Garcilaso de la Vega, á Kleist y Koerner, acordaos de mí *en medio de las risas y del vino.*»

6.^a

Pocos pueblos, ni en la antigüedad, ni en los tiempos modernos, han ofrecido á la Historia ejemplos tan admirables de heroísmo como los que presentan los montañeses de Sulí, reducida colonia de griegos, que huyendo de la esclavitud de los turcos, que pesaba sobre la llanura, se había refugiado en un escabroso rincón del Epiro, fundando sus lugares, como nidos de águilas, sobre riscos estériles é inaccesibles. Constituyóse en un principio esta colonia, que un escritor distinguido llama la verdadera Lacedemonia de la Grecia bárbara, con cuatro aldeas casi ocultas entre ásperos breñales; después se aumentó hasta siete, y antes de un siglo llegó á extenderse por las sierras vecinas, comprendiendo una población de algunos miles de familias dedicadas al pastoreo durante

los breves é inseguros períodos de paz, y en tiempo de guerra, hombres y mujeres, á las empresas más inverosímiles, por lo arrojadas, que puede acometer el valor humano.

La historia de la lucha que sostuvieron los suliotas contra los bajaes de Epiro, y principalmente contra Alí, gobernador, ó más bien verdugo de Grecia, es una verdadera epopeya. Alternativamente vencedores ó vencidos, pero siempre indomables, obligaron en más de una ocasión á sus opresores á demandar la paz y hasta á aceptarla en condiciones humillantes y vergonzosas. Pero el combate era desigual, y al fin sucumbieron bajo el peso del número, después de haber defendido sus montañas, en medio de las más crueles privaciones, cumbre por cumbre y peñasco por peñasco. El sanguinario Alí, descoso de vengar los descalabros que en distintas épocas había sufrido, ofreció en la última extremidad á los restos de la población suliota, ya vencida, una capitulación honrosa, á cuyas estipulaciones faltó indignamente cuando se sometieron, exterminándolos con fría ferocidad sin respetar á niños, mujeres ni ancianos.

7.^a

Hé aquí en qué términos refiere M. Villemain en sus *Estudios de Historia Moderna* el trágico episodio de las mujeres suliotas, que ha inmortalizado el pincel de Ary Scheffer:

«Apenas los suliotas fugitivos, seguidos de niños, mujeres, ancianos y enfermos, ocuparon las alturas de Zalongos, cuando vieron aparecer en son de guerra cuatro mil turcos provistos de numerosa artillería. El combate

empezó con furor; pero los suliotas que contaban con escasas municiones, las agotaron en el primer encuentro. Al siguiente día los turcos volvieron á emprender la lucha contra sus enemigos, casi indefensos; y entonces, sobre una roca escarpada, al pié de la cual, y por entre puntiagudas peñas, se abría paso un torrente, reuniéronse hasta sesenta mujeres con sus hijos en los brazos, observando desde allí el término de aquella horrible carnicería. Cuando se convencieron de que todo estaba perdido, cada una de ellas, presa de la más honda desesperación, arrojó su hijo al abismo, y después, agarrándose todas de las manos y formando círculo, empezaron á bailar al borde del despeñadero. A cada vuelta de esta ronda fúnebre desprendíase una mujer, que rodaba por el precipicio; pero la cadena se reanudaba en seguida para romperse de nuevo y dejar caer una víctima más en el abismo, donde perecieron todas.»

OBRAS POÉTICAS DEL MISMO AUTOR.

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS ESCOGIDAS, un tomo de 520 páginas.....	7,50	ptas.
GRITOS DEL COMBATE, poesías, segunda edición.....	4	—
LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN, décima edición.....	1	—
LA SELVA OSCURA, décima edición....	1	—
UN IDILIO Y UNA ELEGÍA, undécima edición.....	1	—
EL VÉRTIGO, décimoctava edición... ..	1	—
LA ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON, décimanovena edición.....	1	—

EN PREPARACIÓN.

EL ATEO, poema.

LA GUERRA Y LA PESTE, poema.

PRECIO: UNA PESETA EN TODA ESPAÑA.

